

UTOPIA O REALIDAD

Por Hilary Arathoon

Nos dice el Génesis que tras la creación Dios contempló lo que había hecho, vio que estaba bueno y descansó. Pocos parecen estar de acuerdo hoy día con ese veredicto. Lejos de considerarlo bueno, les parece muy malo, y se consienten capaces de introducir toda clase de mejoras. Aun dentro de la Iglesia, hay muchos que quisieran destruirlo todo, para más tarde reconstruirlo a su manera, siguiendo la filosofía del poeta persa, Omar Khayyam, quien hacia el año 1123 de nuestra era, escribió:

«¡Ay Amor! Si conspirar pudiéramos tú y yo, para cambiar de cosas este triste estado, ¿no es cierto que todo lo haríamos añicos, para después remodelarlo a nuestro antojo?»

Para mejor actuar y siguiendo los postulados de la ciencia, algunos proclaman que Dios, a quien aparentemente consideran como un «cuco» superfluo e innecesario, originado en mentes primitivas para intimidar (etapa ya superada), ha muerto.

Pese a que cuanto les rodea tiene finalidad, consideran que el summum, o sea el universo, no lo tiene y que es producto del azar. Que tuvo su principio en una nube de gas hidrógeno. Que la vida es una ocurrencia fortuita que dadas las circunstancias propicias se originó en una especie de caldo o residuo fangoso y que dadas las mismas circunstancias, podría volverse a originar; que el hombre no es más que un animal bípedo, una especie de mono sin trascendencia y según palabras textuales de Hitler: «sin significado alguno», que puede ser sacrificado en aras de un mundo mejor, una especie de «Jauja», en donde las cosas serán como los planificadores deseen. Para alcanzar ese mundo utópico están dispuestos a sacrificar al mundo actual. La ventaja de prescindir de Dios es que queda la humanidad a merced del César quien podrá disponer y exigir nuestra incondicional y completa sumisión.

Con la programada «muerte de Dios» han removido de una plumada la piedra angular en la que descansaba nuestra civilización. ¿Qué de extrañar que esta se desmorone, que brote la violencia por doquiera, dando lugar así a la implantación de dictaduras?

La Justicia Social que tanto pregonan, no puede llamarse en realidad justicia, pues no guarda relación de causa y efecto, ni se basa en méritos sino en necesidades. Por consiguiente es en realidad un ideal igualitario, en el que todos gozaríamos de las mismas ventajas o privilegios, o de las mismas desventajas o privaciones, independientemente de nuestra contribución al esfuerzo común. En donde nadie estaría en un plano de superioridad o inferioridad. Donde todo estaría a cargo del estado, quien sería el llamado a proveer. Que el precio de dicho paraíso, sea la libertad, es algo que aparentemente a nadie preocupa e interesa. Parecen considerarla como algo superfluo, perteneciente a una etapa también ya superada y de la que se puede prescindir. Nadie se pone a pensar en el poder absoluto y aplastante que significaría el que todos los medios de producción estuvieran concentrados en manos del gobierno, ni en lo nefasto que sería para el desarrollo el que se suprimiera la libertad.

Por eso dichas Utopías recuerdan aquellas pinturas del Paraíso Terrenal, en las que aparecen Adán y Eva, o también en otros casos Orfeo con su lira, rodeados de animales salvajes y domésticos, todos en perfecta armonía y felicidad. Como señalara Tomás Moro, presuponen condiciones especiales en cuanto a la altura moral de la humanidad, que el mundo no ha alcanzado y que dista mucho de alcanzar. Que desde entonces hasta nuestra era haya transcurrido la bicoca de quinientos años, no altera para nada dicho veredicto.

Otra cosa que no toman en consideración es la motivación que impulsa la acción humana, origen de nuestro bienestar. Lo que nos impulsa a actuar es la satisfacción de una necesidad imperiosa. Removida dicha necesidad, es hipotético que actuemos dada la «ley del menor esfuerzo». Si los demás no experimentaran necesidad, *ninguna* de nuestras propias necesidades se vería satisfecha, como también si nosotros no sintiéramos el acicate de la necesidad, no alzaríamos un solo dedo por satisfacer las de los demás. Nuestro bienestar proviene de esa dependencia común.

Hay quienes sostienen que la motivación de toda acción humana, debiera ser el altruismo, que debiéramos actuar única y exclusivamente en razón de los intereses de los demás. Que lo otro es egoísmo. Pero en realidad la motivación engendrada por un ideal nunca es tan fuerte como el instinto de conservación que nos mueve a satisfacer la propia necesidad y que dada la escasez de recursos, nos obliga a trabajar, a acaparar y ahorrar para los días aciagos. Para algunos, el ahorro es un vicio de la burguesía. Pero el campesino sabe que si no ahorra parte de la cosecha para la resiembra y parte del producto de las ventas para la compra de fertilizantes y demás enseres que necesita, al año siguiente no habrá cosecha. De modo que mal podríamos llamarle vicio. Sin ahorro no hay capital y sin capital no puede haber mecanización y sin mecanización no es posible la producción en escala suficiente que permita la acumulación de la riqueza.

Todas las utopías presuponen un mundo ficticio ajeno a la realidad. Un estado de cosas en el que priva la satisfacción, pero si todos tuviéramos nuestras necesidades satisfechas, nadie actuaría. ¿Quién se molestaría en asistir al tedioso trabajo diario, si tuviera su subsistencia asegurada? Nadie. Lo malo es que todos seríamos pronto nuevamente víctimas de la necesidad, pero previamente habríamos sido víctimas del hastío, ya que lo que verdaderamente da significado y sabor a nuestras vidas es el vernos obligados a ejercer nuestra imaginación e inteligencia para la satisfacción de la propia necesidad a través de satisfacer necesidades ajenas. Triunfa, el que mejor sirve.

Los grandes benefactores de la humanidad no han sido ni los políticos, ni quienes han hecho de la beneficencia una profesión, sino personas como la generalidad que han buscado a través del mercado, satisfacer sus propias necesidades, satisfaciendo necesidades de los demás.

Los que auspician el ideal igualitario, olvidan (o quizás comprenden y es ante todo lo que buscan), que la igualdad sólo puede lograrse en las llanuras y al nivel más bajo, para lo cual es preciso rebajar a todo el que sobresale o se destaca. Parecen no darse cuenta o comprender que es la desigualdad la que enriquece nuestras vidas, que gracias a ella todos nos beneficiamos y podemos disfrutar de los recursos de los demás en vez de quedar limitados a nuestros propios recursos.

Como dijo Emerson: «Jamás he hallado una sola persona que no me supere en algún sentido, gracias a lo cual me beneficio». Cuán pobres y cuán tristes serían nuestras vidas, si estuviéramos limitados a lo que nosotros podemos producir. En comparación con lo que ahora disfrutamos, seríamos en realidad paupérrimos. De modo que lejos de auspiciar la igualdad (igualdad por lo demás inalcanzable), deberíamos dejar a cada cual libre para alcanzar su propio nivel, para que los más capaces hallen el aliciente para crear y producir y así enriquecer nuestras vidas con el producto de su ingenio y de su capacidad.

Lo que llamamos «genio» es más que todo una capacidad de esfuerzo y de perseverancia infinita. Mientras la mayoría de nosotros desmayamos y desistimos al primer fracasado intento, ellos perseveran hasta lograr lo que se proponen. La mayoría de nosotros seríamos incapaces de descubrir la forma de atrapar la electricidad para ponerla al servicio del hombre y conoceríamos de la infinita paciencia que demostraron Faraday y Edison al fracasar cientos y hasta miles de veces para alcanzar su objetivo. «¿De qué sirve?» preguntaron los escépticos a Faraday al hacer su primer descubrimiento. «¿De qué sirve un niño recién nacido?» respondió. Ellos no podían prever las futuras posibilidades, pero él con su intuición solo podía. Pero todos, absolutamente todos, disfrutamos hoy día de una vida infinitamente más rica, satisfactoria y amena, gracias a sus portentosos descubrimientos. Igual podríamos decir de los de Marconi, Fessenden, etc. Hasta en los ranchos más orillados y remotos donde quizás no llega la iluminación, se pueden escuchar a veces los humildes radios de baterías transmitiendo música, noticias o radionovelas, proveyendo en tal forma entretenimiento y esparcimiento a sus humildes moradores. Otro tanto podríamos decir de Ford con el motor de ignición e igual ha sucedido con todos los grandes descubrimientos de la humanidad.

En el ramo de la economía existen igualmente personas especialmente dotadas para la creación de la riqueza. Aquí pensamos nuevamente en Ford y la producción en serie. En tanto que otras, la inmensa mayoría carecen de dicha facultad. Pero todos, absolutamente todos, nos beneficiamos con la riqueza de los demás, así como todos, absolutamente todos, nos perjudicamos con que en vez de riqueza, prive la pobreza. Por eso la gente siempre acude a los países donde hay afluencia de dinero y esquivo o evita los países donde no la hay.

Muchos sostienen que por naturaleza las diferencias entre ricos y pobres y entre naciones ricas y las subdesarrolladas tienden a acentuarse, en tanto que la realidad es que si hubiera libertad absoluta del mercado, el bienestar económico entre las naciones y entre los individuos tendería de por sí a buscar su nivel como lo hacen los líquidos entre los vasos comunicantes.

Son las obstrucciones artificiales que imponen los legisladores y la falta de respeto al derecho de propiedad lo que impide que el capital fluya espontáneamente a donde más se necesita y donde las circunstancias naturales son más propicias para la inversión. Pero como en los países subdesarrollados la política que seguimos por lo general es una de castigar el capital, automáticamente nos colocamos en posición de desventaja, pues le cerramos la puerta a la inversión.

Ante tales consideraciones, cabe preguntar si efectivamente el mundo tal como ha sido creado, es tan malo como nos lo representan. Hay personas, quizás la mayoría que creen

que son víctimas de las circunstancias. Que los que triunfan es porque son afortunados y que los que fracasan es porque son huérfanos de la fortuna, o porque ésta no les sonríe. ¿Será esto así, o habrá una razón para todo, sólo que como somos tan ciegos no lo percibimos?

Cuentan de alguien que ofreció un premio a todo el que pudiera demostrar un solo efecto sin causa. Atraídos por la oferta, muchos participaron, pero nadie salió ganador porque al examinar las pruebas, hallaron que para todo había causa y que no había efecto sin causa. Es decir que la ley que priva en el Universo es el de la causalidad, o sea la ley de Dios, a quienes muchos reconocen como la primera causa.

A no pocos nos desconcierta el hecho de tener que reconocer que no somos víctimas de las circunstancias y que si fracasamos se debe más que todo a nuestros propios defectos que no hemos sabido o querido corregir.

Si somos observadores y verdaderamente queremos triunfar, veremos que la vida nos presenta muchas oportunidades pero para poderlas aprovechar, debemos estar preparados de antemano. El hombre de éxito es el que vive consciente de ello y tiene fervientes deseos de triunfar, o sea que obra bajo el acicate de la necesidad. A dicho hombre no se le escapan las oportunidades y por consiguiente puede decirse que es su amo. Los demás o no las ven o son demasiado indolentes para intentar atraparlas, especialmente si gozan ya de cierta comodidad. Ellos son los que dicen que son juguete de la veleidosa fortuna y reniegan del hado y de lo que éste les depara.